

SIM. Clarence, Jarretiera, venid conmigo. Eneas, abrid el mirador.

Abren el mirador: **SIMON** se presenta en él, entre **CLARENCE** y **JARRETIERA**. Se oye fuera inmensa gritería.

PUEBLO FUERA. Muera Fabiani!
SIM. En nombre de la reina!

Desde el balcon y de cara al pueblo.

LOS HERALDOS. ¡En nombre de la reina!

Profundo silencio fuera.

SIM. Habitantes de Lóndres, la reina os hace saber que esta noche, una hora despues del toque de Oraciones, el conde Fabiani, cubierto con un velo negro y amordazado, será conducido desde la Torre de Lóndres al Mercado Viejo de la ciudad, para ser allí públicamente decapitado, en reparacion de sus crímenes de alta traicion y de atentado de regicidio contra el primer jefe del Estado.

Muestras de aprobacion y palmoteo fuera.

VOCES. Viva la reina! ¡Muera Fabiani!

SIM. Para que todos lo sepan en la ciudad de Lóndres, la reina manda que durante el tránsito del sentenciado, desde la Torre de Lóndres al Mercado Viejo, la campana grande de la Torre anuncie este acontecimiento. En el momento de la ejecucion se dispararán tres cañonazos; el primero cuando suba al cadalso, el segundo cuando se acueste en el paño negro y el tercero cuando caiga su cabeza.

Aplausos fuera.

Esta noche la Torre y la ciudad de Lóndres se iluminarán en señal de regocijo. Dios proteja á la antigua Inglaterra!

Se repiten los aplausos.

HERALDOS. ¡Dios proteja á la antigua Inglaterra!

PUEBLO. (Fuera.) Muera Fabiani! ¡Viva la reina María!

Cierran el balcon y **SIMON** baja hasta donde está la **REINA**.

SIM. La princesa Elisabet nunca me perdonará lo que acabo de hacer.

REINA. Ni la reina María tampoco. Dejadme todos.

SIM. (Bajo á **ENEAS**.) Eneas, cuidad que esté todo á punto para la ejecucion.

ENEAS. Confiad en mí.

SIMON se vá; al ir á salir **ENEAS**, la **REINA** le detiene, cogiéndole violentamente por el brazo.

ESCENA X.

La **REINA** y **ENEAS**.

GRITOS FUERA. Muera Fabiani!

REINA. ¿Cuál de las dos cabezas crees

tú que vale más en este momento, la de Fabiani ó la tuya?

ENEAS. Señora!...

REINA. Eres un traidor!

ENEAS. Señora, yo...

REINA. No te disculpes. Te juro por la memoria de mi madre que si Fabiani muere, tú morirás tambien.

ENEAS. Pero, señora...

REINA. Solo puedes salvarte salvando á Fabiani.

ENEAS. Pero si es imposible! El pueblo está pidiendo su cabeza... y no encuentro medio de...

REINA. Búscalo.

ENEAS. No sé qué hacer.

REINA. Haz por él lo que harías por tí mismo.

ENEAS. El pueblo estará con las armas en la mano hasta que vea terminar la ejecucion; para desarmarle es preciso que se decapite á alguno.

REINA. Decapita á quien quieras.

ENEAS. Al que yo quiera!... Pues bien, señora, la ejecucion se verificará de noche; el reo irá tapado con velo negro y con mordaza en la boca; los soldados separarán al pueblo á bastante distancia del patíbulo, y el pueblo se dará por satisfecho con tal de que vea caer una cabeza: todo podria arreglarse. (Con tal que esté aun allí el barquero, al que encargué que no se diera prisa.)

Se asoma á la ventana que dá al patio.

Aun está allí; es tiempo todavía.

Se asoma á la claraboya, con una antorcha en la mano y agitando el pañuelo; despues se vuelve hácia la **REINA**.

Bien. Os respondo de milord Fabiani, señora.

REINA. Con tu cabeza?

ENEAS. Con mi cabeza.

CUADRO SEGUNDO

Una sala, en la que terminan dos escaleras, una que sube y otra que baja. La entrada de cada una de las dos ocupa una parte del foro del teatro; la que sube se pierde en el friso y la que baja se pierde en el suelo; no se vé de dónde vienen ni á dónde van estas escaleras. La sala está enlutada de un modo particular; la pared de la derecha, la de la izquierda y el techo están cubiertos de paño negro, recortado con una gran cruz blanca; y el fondo, que está frente al espectador, de paño blanco, recortado con una cruz negra. La colgadura negra y la colgadura blanca se prolongan cada una por su lado hasta perderse de vista en las dos escaleras. A la derecha y á la izquierda hay un altar con colgaduras blancas y negras, decorado como para celebrar funerales, con grandes cirios; algunas lámparas fúnebres, colgadas de las bóvedas aquí y allá, alumbran la sala y las escaleras, pero lo que realmente alumbrá la sala escasamente es el paño grande y blanco del fondo, al través del que pasa una luz rojiza, como si detrás hubiera un horno ardiendo. La sala está pavimentada con losas sepulcrales.—

Al levantarse el telon se vé destacarse en negro sobre dicho paño transparente la sombra inmóvil de la reina.

ESCENA PRIMERA.

JUANA y **JOSUÉ**.

Entran con precaucion por una puerta secreta, levantando uno de los paños negros.

JUANA. Dónde estamos, Josué?

JOSUÉ. En la meseta grande de la escalera, por la que bajan los sentenciados al suplicio, que construyó é hizo adornar así Enrique VIII.

JUANA. ¿Y no podemos de ningun modo salir de la Torre?

JOSUÉ. El pueblo custodia todas las salidas; esta vez quiere asegurarse de que le entreguen su presa, y nadie podrá salir de aquí antes de que termine la ejecucion.

JUANA. La proclama que hizo Simon Renard desde el balcon aun está resonando en mis oidos. ¡Todo lo que sucede es horrible, Josué!

JOSUÉ. Yo he presenciado muchas cosas como esta.

JUANA. ¡Con tal que Gilberto haya conseguido evadirse! ¿Creeis que se habrá salvado?

JOSUÉ. Estoy seguro.

JUANA. Estais seguro de veras?

JOSUÉ. Sí, porque la Torre no ha sido asaltada por la parte del rio; además, cuando él debió salir empezaba el motin y no era tan imponente como ahora.

JUANA. Si se ha salvado estoy tranquila.

JOSUÉ. Sin duda á estas horas os estaré ya esperando debajo del arco del puente de Lóndres, donde os reunireis con él antes de media noche.

JUANA. ¡Dios mio, qué inquieto estará!

Apercibiéndose de la sombra que hace la **REINA**.

De quién es esa sombra, Josué?

JOSUÉ. Silencio! Es la leona que acecha.

Mientras **JUANA** contempla la sombra con terror, se oye una voz lejana que parece venir de arriba y que pronuncia lenta y distintamente estas palabras:

UNA VOZ. El hombre que viene detrás de mí, cubierto con un velo negro, es el muy alto y muy poderoso señor Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil, baron de Dinasmondly, de Darmouth en Devonshire, que vá á ser decapitado en la plaza de Lóndres por el crimen de regicidio y de alta traicion. ¡Dios tenga misericordia de él!

TOMO III.

OTRA VOZ. Rogad por su alma!

JUANA. (Temblando.) Oís, Josué?

JOSUÉ. Eso estoy acostumbrado á oirlo todos los dias.

Aparece en lo alto de la escalera un acompañamiento fúnebre que se vá viendo pasar á medida que baja. Delante vá un hombre vestido de negro, que lleva una bandera blanca con cruz negra; despues sigue **ENEAS**, con la capa negra y el baston blanco de condestable; despues un grupo de alabarderos vestidos de encarnado; luego el verdugo con la cuchilla á la espalda; detrás un hombre tapado enteramente con un velo negro, que le arrastra por el suelo, que solo descubre un brazo desnudo y que lleva en la mano un hacha de cera amarilla. A su lado vá un sacerdote vestido como para los oficios del dia de Difuntos; luego otro grupo de alabarderos vestidos de rojo, y al fin un hombre vestido de blanco, que lleva una bandera negra con cruz blanca. A la derecha y á la izquierda van dos filas de alabarderos con hachas encendidas.

JUANA. Veis, Josué?

JOSUÉ. Eso estoy acostumbrado á verlo todos los dias.

Al desembocar en el teatro se para el acompañamiento.

ENEAS. El hombre que viene detrás de mí, cubierto con un velo negro, es el muy alto y muy poderoso señor Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil, baron de Dinasmondly, de Darmouth en Devonshire, que vá á ser decapitado en la plaza de Lóndres por el crimen de alta traicion. Dios tenga misericordia de él!

LOS DOS PORTABANDERAS. ¡Rogad por su alma!

El acompañamiento atraviesa lentamente por el fondo del teatro.

JUANA. Ese es un espectáculo terrible que me hiela la sangre en las venas.

JOSUÉ. Sí, pero Fabiani es un miserable.

JUANA. No le guardes rencor ya, Josué. Fué un miserable, pero ahora es un desgraciado.

El acompañamiento llega á la otra escalera. **SIMON RENARD**, que hace poco ha aparecido á la entrada de dicha escalera y que todo lo ha observado, se aparta para dejar pasar á la comitiva, que se vá hundiendo por dicha escalera, por la que desaparece poco á poco. Despues de ver desaparecer el acompañamiento, **SIMON RENARD** exclama:

SIM. Qué significa esto? ¿Ese hombre es Fabiani? Me parece más alto... Será que Eneas... La reina estuvo hablando con él en voz baja unos instantes... Cerciorémonos.

Desaparece por la escalera, detrás del acompañamiento.

VOZ. (Lejos.) El hombre que viene detrás de mí, cubierto con un velo negro, es el muy alto y muy poderoso señor Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil, baron de Dinasmondly, de Darmouth en Devonshire, que vá á ser decapitado en la plaza de Lóndres por el crimen de alta traicion. ¡Dios tenga misericordia de él!

OTRA VOZ. Rogad por su alma!

JOSUÉ. La campana grande vá á anunciar su salida de la Torre y pronto os será posible escaparos. Voy á buscar el medio de que salgais de aquí... esperadme; vuelvo al momento.

JUANA. ¡No me dejéis aquí sola, Josué! Voy á pasar mucho miedo!

JOSUÉ. No podríais recorrer conmigo toda la Torre sin peligro, y necesito ver por dónde salís. Tened presente que Gilberto os espera.

Váse JOSUÉ.

JUANA. Pues bien, todo lo sufriré por él. ¡Cuando pienso que Gilberto hubiera podido encontrarse en esa situación!

Se arrodilla en las gradas de uno de los altares.

(¡Gracias, Dios mio, por haber salvado á Gilberto!)

La colgadura del fondo se entreaire y aparece la REINA, que se adelanta rápidamente hasta el proscenio sin ver á JUANA.

La reina!

ESCENA II.

JUANA y la REINA.

JUANA se arrima junto al altar aterrada; la REINA permanece unos instantes abstraída; despues lanza un profundo suspiro.

REINA. Oh, el pueblo!... ¡Quién está ahí! (Fijándose en JUANA.) Eres tú! Ven aquí y no temas. Eneas nos ha vendido, ¿lo sabes ya? Ya te he dicho que no me temas. Lo que hace un mes podia perder te, ahora te salva. Amas á Fabiani, y tú y yo quizás somos las únicas que le queremos en el mundo. Somos, pues, hermanas.

JUANA. Señora!...

REINA. Todos los demás le aborrecen; están en contra suya la ciudad de Londres, el pueblo y todo el mundo, y es lucha muy desigual la del amor contra el odio; el amor en este caso lo representan dos mujeres vestidas de luto, llorando junto á una tumba. El odio allí está.

Descorre con violencia el cortinaje blanco del fondo y se vé un balcon; más allá la ciudad, de noche, pero iluminada. JUANA fija los asombrados ojos en dicho espectáculo resplandeciente, cuya reverberacion ilumina el teatro.

Allí está la ciudad infame, revoltosa y maldita, que empapa en sangre su traje de fiesta y que alumbra al verdugo. ¿No crees como yo que se nos burla indignamente y que mira con ojos centelleantes á dos débiles mujeres que lloran junto á un sepulcro? ¡Ciudad de Londres,

quisiera poder trocar tus hachas en blandones, tus luces en llamas y tu iluminacion en un incendio!

VOCES FUERA. Ahí está! Ahí está! Muera Fabiani!

Gritos, aplausos y silbidos.

JUANA. ¡Ya sale el desgraciado de la Torre!

Se oye sonar la campana grande de la Torre de Londres; al oirla, la REINA se rie sarcásticamente.

Os reís, señora?

REINA. Me rio, y tú te reirias tambien. Voy á dejar caer esta colgadura, porque estando recorrida me parece que la ciudad nos vé y nos oye. (Deja caer la colgadura.) Ahora que ya ha salido de la Torre y que no corre ningun peligro, te lo descubriré todo. Burlémonos las dos de ese pueblo execrable que tiene sed de beber sangre. No tiembles por la vida de Fabiani; tranquilízate y riete conmigo. El hombre que van á decapitar no es Fabiani.

JUANA. No es Fabiani!

REINA. No.

JUANA. Pues quién es?

REINA. Es el otro.

JUANA. Qué otro?

REINA. Aquel trabajador que tú conoces, aquel hombre...

JUANA. (Temblando.) Gilberto?

REINA. Sí, Gilberto.

JUANA. Eso seria horroroso! Pero no es posible. Gilberto se ha fugado!

REINA. Se iba á fugar, cuando se apoderaron de él y le hicieron ocupar el sitio de Fabiani, cubriéndole con el velo; y como la ejecucion se verifica de noche, el pueblo no conocerá que le engañan. Tranquilízate.

JUANA. (Aterrada.) ¡Es que yo amo á Gilberto!

REINA. Qué dices! ¿O desvarías ó me engañabas tambien? Amas á Gilberto! Pues bien; nada me importa.

JUANA. (Echándose á los piés de la REINA y sollozando.) Señora, tened compasion de mí! Os lo suplico de rodillas en nombre del cielo! ¡Amo á Gilberto, le idolatro con todo mi corazon; salvadle! El constituye mi vida, es mi prometido esposo. Acabo de decir que me recogió siendo niña, que me crió, y que desde la niñez fué para mí un padre. La nueva que acabais de darme ha destrozado de tal modo mi corazon, que no sé cómo tengo fuerza para hablaros. Mandad que suspendan la ejecucion, que se difiera hasta mañana, para que tengamos tiempo de reflexionar: el pueblo esperará hasta mañana y entre tanto pensaremos lo que hemos de ha-

cer. No quiero tampoco que peligre la vida de Fabiani; yo iré á la horca por él cubierta con el velo negro, pero salvad á Gilberto. (Se oye sonar la campana durante toda esta escena.) A vos os debe ser igual que muera él ó que muera yo, y yo quiero sacrificarme por él. Cada sonido de esa horrosa campana me marca que dá un paso hácia el patíbulo, y me dá una puñalada en el corazon. ¡En nombre del cielo, para compadeceros de mí, poneos en mi lugar! Suponed que yo soy la reina y vos la desventurada Juana; llorariais como yo lloro, y yo perdonaria á vuestro amante. Perdonadle, señora!

REINA. (Enternecida y levantándola del suelo.) Quisiera poder perdonarle, porque veo que lloras como yo lloraba; veo que sientes lo que yo he sentido, y mis pasadas angustias hacen que me compadezca de tu actual tormento. Ya lo ves, estoy llorando tambien. Hubiera podido sustituir á Gilberto con otro, con Tyrconnel por ejemplo, pero este hombre es muy conocido; era preciso poner en lugar de Fabiani un hombre que nadie conociese. ¿Lo comprendes ahora?

JUANA. Sí, señora; á esto yo os podria replicar, os replicaria si la orden de suspender la ejecucion estuviese ya firmada y el portador de ella hubiera ya salido de aquí. Dios mio! ¡Esa campana me asesina!

REINA. Lo que me pides es imposible, lady Juana.

JUANA. Síes posible: la lleva un hombre á caballo; para llegar allí hay un camino más corto que el del muelle; yo misma iré; os digo que no solo es posible, sino fácil.

REINA. El pueblo no lo consentiria, y penetraria en la Torre para asesinar á Fabiani, que aun no ha salido de ella. Estás temblando y yo tambien! No puedo hacer nada por tí. No pienses más en Gilberto, y ya que no hay otro remedio, resignate.

JUANA. Hay remedio mientras esa horrible campana no cese de tocar. No puedo resignarme á que muera Gilberto. Creéis que le dejaré morir así? No, no. Si mis lágrimas no os enternecen, si la reina no me oye, el pueblo me oirá. Mirad. El pueblo está aun en el segundo patio de la Torre; iré hasta él y le diré que le engañan, que el que van á ejecutar es Gilberto y no el favorito Fabiani, como ellos creen.

Vá á marcharse y la REINA la detiene por el brazo.

REINA. Detente! Detente! ¡Lo tomas de ese modo, cuando soy para tí buena

y cariñosa, cuando lloro contigo, y estás contra mí loca y furiosa! Pues has de saber que mi amor es tan inmenso como el tuyo, y mis manos más fuertes que las tuyas, y no te menearás de aquí. ¿Qué me importa á mí de tu amante? Salvo al mio como puedo, á despecho del pueblo, y lo demás no me importa.

JUANA. Dejadme! ¡Sois una mujer infame!

REINA. Silencio!

JUANA. No, no quiero callarme; me está ocurriendo en este instante la idea de que no es Gilberto el que vá al patíbulo.

REINA. Qué dices?

JUANA. No estoy segura, pero al verle pasar cubierto con el velo, si hubiera sido él, algun grito interior hubiera sonado en mi corazon, que me hubiera dicho: "Es Gilberto!," Pero ni he oido esa voz, ni mi corazon se conmovió al verle pasar: no, no es él.

REINA. Eres una insensata; es una locura lo que dices, pero que, sin embargo, me horroriza y viene á despertar la dormida inquietud en mi corazon. ¿Por qué no me habré encargado yo misma de salvar á Fabiani? ¡Eneas es un traidor y Simon Renard quizás esté de acuerdo con él! Ah! ¡Si me habrán vendido por segunda vez los enemigos de Fabiani! Hola! No hay aquí nadie? (Salen dos carceleros.) Tú, toma mi anillo real, corre y haz que suspendan la ejecucion. ¿Decias, Juana, que hay un camino más corto?

JUANA. Sí, por el muelle.

REINA. Toma un caballo y vé por el muelle. (Váse un carcelero.) Tú, llégate inmediatamente á la torrecilla de Eduardo el Confesor: en uno de sus dos calabozos hay encerrado un hombre; que salga y lo traes aquí al momento. (Váse el segundo carcelero.) ¡Estoy temblando y se me doblan las rodillas! No tendria fuerzas para sacarle yo misma del calabozo. Desvarío ahora como tú! ¡Llegará á tiempo ese hombre? Qué horrible ansiedad! (Se oye una campana.) ¿Por quién tocará esa campana, por Gilberto ó por Fabiani?

Pausa.

JUANA. Ya ha dejado de tocar.

REINA. Es que ha llegado el acompañamiento á la plaza de la ejecucion. Es imposible que el carcelero esté ya allí.

Se oye un cañonazo lejano.

JUANA. Cielos!

REINA. Ya sube al patíbulo.

Se oye el segundo cañonazo.

Ahora se arrodilla.

JUANA. Dios mio!

Se oye el tercer cañonazo.

LAS DOS. Ah!

REINA. Ya no vive más que uno de los dos; poco tardaremos en saber quién queda vivo. Dios mio, que sea Fabiani!

JUANA. Dios mio, que sea Gilberto!

Separan el cortinaje del fondo y aparece SIMON RENARD conduciendo á GILBERTO por la mano.

GILB. Juana!

JUANA. Gilberto!

Se precipita el uno en los brazos del otro.

REINA. Y Fabiani?

SIM. Murió.

REINA. Quién se ha atrevido á tanto?

SIM. Yo; así he salvado á la reina y á Inglaterra.

FIN DE MARÍA FUDOR.



ÁNGELO, TIRANO DE PÁDUA

DRAMA EN TRES JORNADAS

PREFACIO



En el estado que alcanzan hoy día todas las cuestiones profundas que se rozan con los fundamentos de la sociedad, ha creído el autor de este drama que podría ser útil y conveniente desarrollar en el teatro la siguiente idea:

Poner frente á frente, en una acción que desarrolle el sentimiento, dos graves y dolorosas figuras: la mujer en la sociedad y la mujer fuera de la sociedad; es decir, dos tipos vivos de la mujer. Presentar dos mujeres que todo lo reasuman en ellas, que sean generosas algunas veces y desgraciadas siempre; defender á la una contra el despotismo y á la otra contra el desprecio; manifestar á qué pruebas resiste la virtud de una y con qué lágrimas se lava la mancha de la otra; dar la culpa á quien la tiene, esto es, al hombre, que es fuerte, y al hecho social, que es absurdo, y hacer que venzan en estas dos almas escogidas, la compasión de la hija á los resentimientos de la mujer, el amor de la madre al cariño del amante, el sacrificio al odio y el deber á la pasión. Alrededor de dos mujeres de esa naturaleza colocar dos hombres; el marido y el amante, el soberano y el proscripto, y resumir en ellos, por medio

de acciones secundarias, todas las relaciones regulares é irregulares que el hombre puede mantener con la mujer por una parte y con la sociedad por la otra, y presentar despues, debajo de ese grupo que goza, que posee y que sufre, al envidioso, al testigo fatal que la Providencia aposta en lo más bajo de todas las sociedades, de todas las gerarquías, de todas las prosperidades, de todas las pasiones humanas; á ese eterno enemigo de todo lo que está arriba, y que cambia de forma segun los tiempos y los lugares, pero que en el fondo siempre es el mismo; que es espía en Venecia, eunuco en Constantinopla y difamador en Paris; colocarle, como la Providencia le coloca, en la oscuridad, haciendo muecas á todas las sonrisas y viviendo solo para perjudicar; y por último, encima de esos tres hombres y entre esas dos mujeres, colocar como un lazo, como un símbolo y como un intercesor, á Jesús muerto en la cruz, clavando todo el sufrimiento humano por el reverso del crucifijo.

De todos esos elementos componed un drama; que no sea drama real, por miedo de que la posibilidad de la aplicacion no desaparezca ante la grandeza de las proporciones; que el drama no sea tampoco plebeyo, por miedo de que la pequeñez

de los personajes perjudique á la grandeza de la idea. Un drama de príncipes y doméstico, porque se necesita que el drama sea grande y doméstico á la vez para que sea verdadero. Se debe además mezclar en esta obra, para satisfacer la necesidad del espíritu, que desea conocer el pasado por el presente y el presente por el pasado, el elemento eterno con el elemento humano, y el elemento social con el elemento histórico. Pintar, al desarrollar esta idea, no solo al hombre y á la mujer, no solo las dos mujeres y los tres hombres del drama, sino un siglo, un clima, una civilización y un pueblo. Inventar sobre este pensamiento y bajo los puntos especiales de vista de la historia un argumento tan sencillo y tan verdadero, tan vivo y tan palpitable, sin dejar de ser real, que á los ojos de la multitud pueda ocultar la idea de la obra, como la carne oculta los huesos.

Hé aquí lo que el autor del drama ha intentado hacer; solo siente que esta idea no le haya ocurrido á un autor de más ingenio que él.

Hoy, ante un éxito debido á este pensamiento, éxito que ha sobrepujado á todas sus esperanzas, siente la necesidad de explicar esta idea al público simpático é ilustrado que acude todas las noches á ver representar su obra con una curiosidad de que el autor es responsable.

No estará de sobra repetir que opinan cuantos se dedican á meditar sobre las necesidades de la sociedad, á las que deben siempre corresponder las tentativas del arte, que hoy más que nunca el teatro debe suministrar enseñanzas. El drama, como el autor de esta obra lo concibe y como lo podría escribir un hombre de genio, debe dar á la multitud una filosofía, á las ideas una fórmula, á la poesía músculos, sangre y vida; á los que piensan una explicación desinteresada, á las almas asustadas un cordial, á las llagas secretas un bálsamo, á cada uno un consejo y á todos una ley.

Inútil es decir que, antes que todo, el drama debe estar escrito según las condiciones del arte. Debe excitar antes que todo curiosidad é interés, divertir ó hacer llorar; debe observar perpétuamente la naturaleza y escribirse en estilo propio; el drama debe tener todas esas condiciones, sin las que no sería drama, pero para ser completo es menester que se vea en él la voluntad de enseñar, al mismo tiempo que la voluntad de entretener. Que os entusiasme el drama, pero que encierre una lección, y que se pueda encontrar en su fondo, cuando se quiera disecar, el esqueleto vivo, poético y apasionado, revestido de oro, de seda ó de terciopelo. Dentro del drama más hermoso debe encerrarse siempre una idea severa, como la mujer más hermosa encierra un esqueleto.

Como se vé, el autor no rehuye nunca ninguno de los deberes austeros del poeta dramático. Quizás algún día, y en una obra especial, explique detalladamente lo que se propuso hacer en cada uno de los diferentes dramas que ha publicado durante siete años. Ante la dificultad inmensa de escribir para el teatro en el siglo diez y ocho, conoce su insuficiencia, pero no por eso retrocederá en el trabajo que ha emprendido; aunque su ingenio es escaso, no debe retroceder, porque le dan ánimo la adhesión de talentos selectos, los aplausos del público y la leal simpatía de los hombres eminentes que se dedican hoy á la crítica. Continuará siempre en su camino, y cada vez que crea necesario que todos examinen hasta en sus menores detalles la idea útil, social ó humana que le ocurra, pondrá encima de ella el teatro, como un vidrio de aumento.

En el siglo en que vivimos, el horizonte del arte es inmenso: ayer el poeta decía: "El público,;" hoy día el público dice: "El pueblo,."

7 de Mayo 1835.

ÁNGELO, TIRANO DE PÁDUA

PERSONAJES

ÁNGELO MALIPIERI, PODESTÁ.
CATALINA BRAGADINI.
LA TISBE.
RODOLFO.
HOMODEI.
ANAFESTO GALEOFA.

REGINELLA.
DAFNE.
UN PAJE NEGRO.
ORDELAFO.
ORFEO.
GABOARDO.

UN UJIER.
EL DEAN DE SAN ANTONIO DE PÁDUA
EL ARCIPRESTE.

La escena es en Pádua en 1549, siendo Dux de Venecia Francisco Donato.

JORNADA PRIMERA

La llave

Jardin alumbrado para una función nocturna. A la derecha un palacio, también iluminado, donde suena una orquesta; palacio que tiene puerta al jardín y una galería con arcos en el piso bajo, por la que circulan los asistentes á la fiesta. Un banco de piedra junto á la puerta. A la izquierda otro banco, en el que se vé un hombre dormido. En el fondo y por encima de los árboles se destaca la negra silueta de Pádua en el siglo décimosexto. Empieza á amanecer al finalizar el acto.

ESCENA PRIMERA.

LA TISBE con rico traje de gala; ÁNGELO MALIPIERI con traje ducal; HOMODEI dormido, con túnica de lana parda, cerrada por delante, y calzones encarnados: tiene á su lado una guitarra en el banco.

TISBE. Sí, monseñor, sois el magnífico podestá, el dueño absoluto de Pádua, que con pleno y libre poderío dispone de la vida ó de la muerte. Como enviado de Venecia, cuantos os ven creen hallarse cara á cara con la majestad de la serenísima República, y cuando pasais por una calle se cierran las ventanas, se apartan los transeuntes y tiemblan los vecinos en el interior de sus casas. Los pobres paduanos, cuando se ven delante de vos, tienen tan poca se-

renidad como los habitantes de Constantinopla en la presencia del gran turco. Pues bien, aunque seais el señor de todos y pretendais ser el mío, prestadme atención, monseñor, que os voy á hablar con franqueza, no de los negocios de Estado, sino de los vuestros. Sois un hombre tan particular que no hay quien os descifre, y no comprendo cómo podeis estar enamorado de mí y tener celos de vuestra mujer.

ÁNGELO. También tengo celos de vos, señora.

TISBE. No es preciso que me lo digais, y sin embargo, no teneis derecho, porque no soy vuestra. Todos me tienen por vuestra dama, por vuestra poderosa manceba, pero bien sabeis que no lo soy.

ÁNGELO. Esta función es magnífica!

TISBE. Soy una pobre cómica, á la que se permite dar fiestas á los senadores y divertir á nuestro poderoso señor, lo que no sé si habré conseguido hoy, porque está tan sombrío vuestro rostro como mi máscara, y nada consigue hacerle sonreír. La fiesta que os doy deberíais pagármela estando alegre; vamos, monseñor, reíos.

ÁNGELO. Sí, río!... ¿Dijisteis que era hermano vuestro aquel jóven que vino con vos á Pádua?

TISBE. Sí, monseñor.

ÁNGELO. Ví que le habeis hablado hace poco. ¿Quién es el otro que le acompañaba?